

Antonio Pereira, cuenta y sigue

Santos Alonso

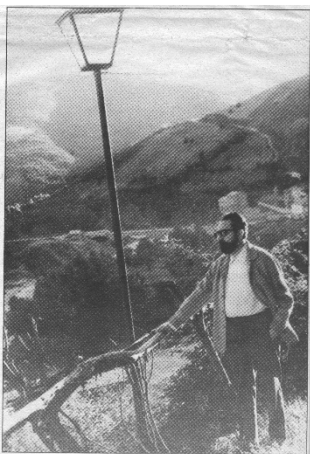
Cada vez va siendo más fácil escribir sobre Antonio Pereira, nuestro entrañable escritor. Primero, porque, sin abandonar el resto de los géneros literarios, parece haber optado por la dedicación al cuento como pública manifestación de su escritura. Hace años, Pereira se repartía habitualmente entre la poesía, la novela y el cuento, dando muy buenos frutos en los tres terrenos sin que ninguno sobresaliera entre ellos; en la actualidad, sin embargo, la pasión por la narración breve se ha abierto camino de forma casi exclusiva en un intento de acercarse, como ha repetido en más de una ocasión, «al ideal de un género que me apasiona como lector y como escritor». Segundo, porque el resultado no puede ser más sobresaliente, de modo que ya no se necesitan justificaciones a la hora de situarlo entre los primeros lugares de nuestra narrativa actual. Esto, que puede resultar baladí, requiere, no obstante, una explicación: hace un tiempo éramos una minoría quienes valorábamos la literatura de Pereira con un asentimiento incondicional y necesitábamos de múltiples pruebas y razones para convencer a los que no habían tenido ocasión de conocer sus libros (con otros escritores leoneses ha ocurrido igual: léase Antonio Gamoneda), lo que; por cierto, dejaba en nosotros, si no se lograba el propósito, una desencantada sensación de fracaso, ahora, para bien de todos, el nombre de Antonio Pereira se coloca en justicia entre los maestros del cuento en lengua española, su prestigio justifica por sí solo la necesidad de su lectura, y en consecuencia, aquellos que lo admiramos desde hace tanto tiempo podemos escribir y hablar de su obra con tranquilidad, sin el miedo a que nos acusen de elogios gratuitos por gozar de su amistad, la cual, por otra parte, deseamos conservar durante muchos años.

¿Cuál ha sido el secreto de su actual reconocimiento como narrador? Ninguno, sin duda, que no posean los mejores escritores. En primer lugar, la constancia vocacional que se alarga ya durante más de cuatro décadas, desde que publicara sus primeros textos en 1984 en las revistas *Espadaña* y *Alba*. En segundo lugar, el cuidadoso esmero de la escritura, base al fin y al cabo de la buena literatura, que en nuestro autor alcanza extremos muy adecuados al género del cuento, pues sus laboriosas limaduras forman la mejor ruta para lo que el propio escritor ha identificado como «cosa de perfeccionistas y maniáticos». En tercer lugar, la visión personal, individualizada e inintercambiable de la realidad, del mundo y la fabulación, que puede condensarse en la observación y el reflejo del mundo ciudadano y de las relaciones humanas.

UNA EXTENSA OBRA

En 1964 publica Pereira su primer libro, *El regreso*, un conjunto de poemas impregnado de humanismo a través de referencias tan concretas como las ciudades y los pueblos, los compañeros y los niños, la familia y la casa, una vecindad que ya anunciaba en el soneto inicial titulado *Afirmación de vecindad*. Luego aparecerían *Del monte y los caminos* (1966), *Cancionero de Sagres* (1969) y *Dibujo de figura* (1972). El humanismo se reviste, entonces, de recuerdo y nostalgia: el pasado familiar, la tienda del padre, el comercio, etc., en un abanico de odas elementales dedicadas a las múltiples caras de la vida cotidiana y a la reflexión existencial, a veces, sobre el paso del tiempo.

La poesía de Pereira se completa con dos antologías: la primera, *Contar y seguir* (1972) y la segunda *Antología de la seda y el hierro* (1986), que tiene la novedad de recoger varios poemas inéditos.



La actividad narrativa de nuestro autor corre pareja, sin embargo, a la poética, abriéndose paso firme entre los versos, e incluso, superándolos. Así, al poco, obtiene el premio Leopoldo Alas con su primer libro de cuentos, *Una ventana a la carretera* (1967), y dos años más tarde publica su primera novela, *Un sitio para Soledad* (1969), una narración realista y psicológica en cuya protagonista simboliza el autor el ahogo existencial del ambiente pequeño y cerrado y el anhelo de abrir más amplios horizontes en el exterior. *La costa de los fuegos tardíos* (1973), su siguiente novela, situada en la Costa del Sol, mantiene un tono costumbrista y crítico para retratar a un grupo burgués, que consume su tiempo en saraos y fiestas privadas, y presenta una estructura que parece haber sido proyectada como conjunto de relatos más que como novela propiamente dicha.

La tercera novela de Pereira, la más madura y una de sus obras más significativas, *País de los Losadas* (1978), está elaborada con minuciosidad y con apariencia de experimentación formal, sin perder en ningún momento el lenguaje narrativo en favor de los mecanismos formalistas o el discurso textual. Su experimentación se basa, fundamentalmente, en la organización estructural. La historia de un tío y un sobrino, que han conseguido superar rencores familiares allá por los años cincuenta, es contada por medio de los recuerdos del joven y un cuaderno de notas que ha dejado su tío, recientemente fallecido. El contrapunto de los dos narradores forma un hermoso juego de primera y tercera persona narrativas, de pasado y presente temporales, para que el lector conozca los sucesos desde la República hasta el exilio y el cautiverio en un campo de concentración en la vida del

tío, y la pericia actual del sobrino que coincide con la transición democrática de hace más de una década.

LOS CUENTOS DE PEREIRA

Antonio Pereira observa en sus cuentos el discurrir de la gente y de la vida, de los vecinos y conocidos. A medida que progresa su obra, el horizonte se amplía a otros ámbitos, pero nunca olvidará su propia geografía y la cercanía de sus personajes. *Una ventana a la carretera* alude ya desde el título a una especie de observatorio particular de la vida ciudadana, de la relación social y del devenir cotidiano a través de muy peculiares personajes. Insertos en la mejor tradición del cuento español, narrados en tercera persona y con marcado acento realista y costumbrista, estos relatos son unas sutiles muestras de delicadeza, ternura e ironía, trabajadas más con la sugerencia y los silencios que con la declaración explícita. El mundo de Pereira es íntimo, sea cual sea el escenario, el pueblo y la ciudad, sea cual sea el personaje, sea cual sea el tema suspendido en el misterio o abierto en su desenlace. Las señas de identidad de nuestro escritor aparecen ya en este libro: por un lado, el tenue erotismo; por otro, la ironía asentada en el terreno mercantil; por otro, las sorpresas rotas y las frustradas aspiraciones de los personajes sencillos.

La visión del mundo es, en cierto sentido, familiar. Pereira ha seleccionado episodios del diario vivir, personajes de sus recuerdos y experiencias concretas, y ha formado un conjunto en que los objetos son tan importantes como las personas y los episodios como la totalidad. Y todo ello, apostando por el realismo que permite una parcela fundamental a la sugerencia y los silencios, los cuales, a su vez, contribuyen al humor y la ironía como recurso inevitable. Así el humor puede verse en el titulado "*Los Cedilla*"; y el erotismo sugerente en los titulados "*Una ventana a la carretera*". "*Santa Bárbara cuando truena*" o "*Hermosa primavera, señor director*"; el tratamiento familiar, por su parte, enfocado en el ambiente del comercio, está representado en los cuentos "*La tienda de Paco Santín*". "*Tío Candela*" o "*Cirujeda*".

La maduración formal, aspecto que ya comentamos en *País de los Losadas* alcanza cotas difícilmente superables, dentro de la evolución narrativa de Pereira, en *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (1976). Mucho ha cambiado en este libro la escritura de nuestro autor, y sin embargo, la visión del mundo y la realidad mantienen las mismas perspectivas. Únicamente hay que hacer una salvedad, una novedad, en el mundo íntimo de Pereira: la apertura de su observación hacia otras geografías distintas de las habituales, ya que el ámbito vecinal y ciudadano de los pequeños acontecimientos de su primer libro de cuentos se vuelve aquí más cosmopolita. Ahora bien, siguen latiendo idénticas sensaciones y parecidos propósitos sintetizados en el carácter civil que realiza el individuo con la ciudadanía y con la realidad en sociedad.

Los cuatro relatos que componen este magnífico libro se distribuyen en cuatro escenarios dispares. Mientras el primero, «*Informe sobre la ciudad N*» es un recorrido por la memoria del narrador que evoca el estancamiento de una ciudad provinciana -el resultado sobrepasa el costumbrismo al reforzar la historia con numerosos episodios narrativos-, el segundo, «*Matar la mosca cuando empieza*», se estructura en dos viajes paralelos en París y Portugal -dos acciones en contrapunto en las que el escritor rompe consciente el ritmo, ofrece formas narrativas variadas, heterogéneas como la realidad que está contemplando-, el tercero, «*Las erotecas infinitas*» indaga en la técnica narrativa llamada de las «cajas chinas» o las «muñecas rusas», ya que las acciones se generan unas a otras de forma sucesiva -alguien está leyendo un libro a su mujer, el libro descubre la historia de otro personaje, esta anécdota conduce a otra, que a su vez da pie a otra, etc.-, y el cuarto, «*El ingeniero Balboa*», una de las piezas más logradas de Pereira, juega con los saltos temporales del presente y el pasado para desarrollar el aprendizaje sentimental de un joven en un entorno físico que coincide con la tierra natal del escritor.



La escritura ha crecido en intensidad y libertad, en la variedad de recursos utilizados. La sugerencia de sus cuentos anteriores, por ejemplo, se transforma aquí en opacidad que el lector debe desvelar. A ello contribuye la utilización de la primera persona narrativa que enriquece las perspectivas al romper la linealidad y ser la conciencia del narrador la que ordena o desordena los datos del pasado que se interfiere al igual que los saltos de la memoria que, normalmente, funciona como un artilugio inquieto. Al lector sólo le queda interpretar, en el sentido más activo, es decir, recreando la escritura mediante una participación inevitable.

OTROS TÍTULOS

La profundización en los caracteres técnicos y lingüísticos del escritor prosiguen en *Los brazos de la i griega* (1982): la realización personal intensifica aún más sus rasgos inconfundibles y se despoja la escritura de la opacidad anterior. Prosigue, pues, la inclinación del autor a despertar el poder mágico de la sugerencia, dejando a veces sin consumir las situaciones, y a elaborar los textos con humor y con ironía. El asunto cuentos es igualmente civil, centrado en la, vida cotidiana, las anécdotas no exceden jamás el contexto de lo posible y la pura apariencia de la realidad, y en sólo una ocasión, el último cuento del libro, permite la presencia de lo fantástico.

Los escenarios, sin embargo, son variados: al lado de su tierra berciana aparecen

territorios ajenos como Italia o Marruecos. En todos se mueven el narrador y los personajes con naturalidad, ya que el tono de vecindad y familiaridad se asienta en todas las geografías, por muy lejanas que estén. Lo imprevisible se encuentra en todas partes y en las pequeñas cosas de cada día. De esta manera, el fondo de los cuentos está engarzado por el humor y la recurrencia a la sorpresa. Las cosas parecen ser de una forma y son de otra, se espera que sucedan y no suceden, parece que son y no son. Cualquier mínima clave final desbarata la trayectoria prevista o las peripecias caminan hacia un acontecer inesperado. El recurso de Pereira aquí es el equívoco: los personajes pueden guiarse por sospechas y suposiciones, actuar conforme a ellas, y finalmente darse de bruces con otra realidad muy distinta.

Bellas muestras de lo que digo son «*El ingeniero Demencour*» y «*El otro y yo*», mientras en «*La venganza*», las suposiciones llegan a ser obsesivas. No obstante, no podemos olvidar, junto a la ambigüedad y el misterio, otro de los rasgos esenciales de Pereira: el erotismo. Unos lo presentan directamente, como «*El sitio del inglés*», otros



desvían la visión del lector hacia otras perspectivas, como «*La residencia*» y «*Clara y el romano*», otros lo encaminan hacia el humor mediante el ingenio o la chispa que provocan situaciones y contextos de agradable lectura, como «*Las peras de Dios*» y «*El caso Tiroleone*», perfectamente acoplados de ingenio y erotismo.

La primera nota que se trasluce en *El síndrome de Estocolmo* (1988) es que se afianza la inquietud viajera de Pereira, o al menos, su intención de registrar, mediante las anécdotas, sus impresiones y andanzas por pueblos de diferentes culturas. La segunda se desprende de las constantes visiones del escritor, que han ido configurando la personal forma de escritura que le caracteriza, una escritura sin esquemas rígidos en el tratamiento del género y cimentada en la sorpresa, el chispazo, el erotismo y los elementos misteriosos o fantásticos. El equívoco, la sugerencia y la estilización adelgazada al máximo contribuyen a la expresión del humor en sus aspectos más sutiles...

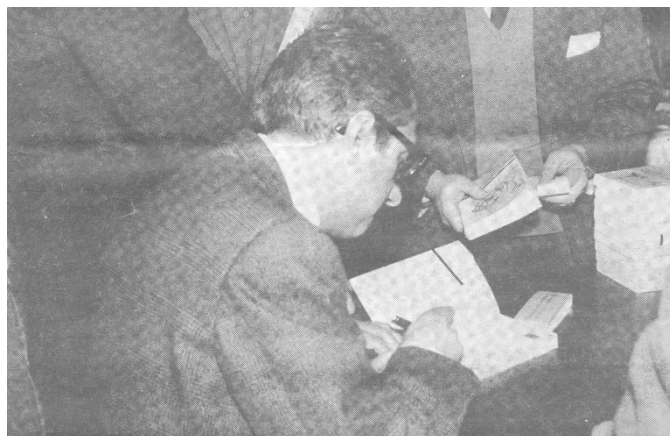
Nunca había llegado Pereira tan lejos en la búsqueda de la palabra precisa y en la convicción de que el cuento es ante todo intensidad, esencialidad, ingenio, sorpresa; jamás había concedido tanta verosimilitud a las anécdotas -la primera persona cumple o la función- ni había aderezado tanto el realismo con la sugerencia, el misterio, la fantasía, la situación o el humor.

Así, la sorpresa y el chispazo son el motor de dos relatos sobre dos escritores, Borges y Capote, «Si me lees, te leo» y «Truman Capote cuenta un cuento»; la sutileza, la delicada textura, llega a su máxima expresión en el erotismo de «La hija del general», «Palabras, palabras para una rusa» y «Visita impía del Gubelkian»; el misterio y la fantasía aparecen en «Los ojos luminosos» y «El carisma»; la ternura y el sentimiento, en fin, se recogen en «Obdulia, un cuento cruel» localizado en su tierra berciana.

ESCRITURA PRECISA

En estos días publica nuestro escritor *Picassos en el desván*. Y si en el libro anterior, que con toda justicia mereció el Premio Fastenraht de la Real Academia, hablamos del concepto de la esencialidad en éste Pereira ha ido más allá: sin renunciar al cuento largo, de dimensiones armónicas con la tradición del género, Pereira opta en muchos casos por textos brevísimos en los que el chispazo produce un mayor impacto. Cuentos como el que da título al volumen, o los titulados «El escalatorres», «Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos», «La violinista» o «La esquila» ocupan menos de una página, dejándole al lector, no sólo sensación de lo bueno, si breve, dos veces bueno, que diría Gracián, sino también horizontes abiertos para desarrollar las potencias de la fantasía.

En unos casos, el momento es reciente para formar en torno a él todo un mundo de sensaciones de incalculables alcances, como sucede en «La violinista»; en otros, deja abierta la incógnita, una puerta de sutil misterio y una ruta de ignoto desarrollo, como sucede en «Lenta es la luz del amanecer»: en otros, es un chispazo que favorece la sorpresa final, como en «El escalatorres».



Pero donde Antonio Pereira sigue siendo un maestro del cuento es en el pulso narrativo, en la escritura precisa y contenida. Las frases surgen con la naturalidad de la elegancia armónica y pulida hasta lo indecible. Siempre hay un velo de sugerencia, cómo no, en los desarrollos lógicos y en la progresión de las anécdotas.

Esto se percibe, como siempre, en la ayuda mirada que el autor otorga al erotismo, al detalle insignificante o al instante imborrable que se abre sin remedio a otras perspectivas ricas en matices y sensaciones. En este sentido es envidiable el

cuento inicial del libro, «Así empezó Lourido», que ofrece a la fantasía ajena el tenue juego de una tela vaporosa y el elástico del sostén en una espalda femenina. Pero no es el único. También en el hábito de la sugerencia se sitúan, por ejemplo, «La violinista», «Dalmira y los monjes» o «La prima Elisa».

Picassos en el desván vuelve a demostrar que los cuentos de Pereira siguen estando vivos, que su escritura sigue estando viva, que, conservando lo esencial de su forma de ver la vida y el mundo -no perdamos de vista el humor y el carácter civil tan aludidos en este comentario, y si no fíjese el lector en cuentos como «La aventura», y «Para caballeros solventes» donde estos aspectos alcanzan momentos de enorme agudeza-, siempre avanzan un poco o un mucho en el camino de la propia renovación y en la indagación de nuevos recursos en un género en el que el escritor ha moldeado una muestra insólita, original y modélica, que, como en más de una ocasión hemos escrito, supera el «chato realismo» de nuestro cuento contemporáneo, en especial el de sus coetáneos de la «generación del 50» o «del medio siglo».